1995, año de la mujer

Pocas, por no decir ninguna, son las cuestiones humanas ajenas al interés médico, y la declaración, por la ONU, del año 1995 como año de la mujer, no es excepción. Nos ha parecido obligado, por ello, hacer, en la editorial del primer número del año, algunas reflexiones sobre la mujer.

Quizá no todos los lectores compartan los puntos de vista que aquí se exponen por lo que quiero hacer constar que el objetivo de los comentarios no es suscitar una polémica sino más bien invitar a la reflexión sobre la situación actual de la mujer y la que se prevé para los comienzos del nuevo milenio.

Como punto de partida para mis comentarios pueden servir estos tres datos:

Las frecuentes quejas, este año serán todavía más numerosas, acerca de la discriminación de la mujer, sobre todo en relación con el trabajo.

El aumento del número de mujeres en la Universidad, tanto entre el alumnado como en los puestos docentes; el alumnado femenino ya está en un 70%.

El gran número de mujeres casadas que trabajan la jornada completa fuera de casa.

Estos tres hechos responden, en mi opinión, a dos cosas. Por una parte, al deseo de la mujer en demostrar que es tan eficaz, o más, que el hombre en las diversas tareas y profesiones. Por otra, el afán de conseguir una titulación que le permita independencia económica del varón. Ambas aspiraciones son, en principio, plausibles, siempre que no entrañen alguna connotación negativa. Una connotación negativa puede ser que el deseo de desempeñar los mismos oficios, profesiones o cargos que el varón, vaya acompañado de un sentimiento de rivalidad. Siempre que se busca poner en evidencia que se es igual o mejor que el otro, en el fondo se descubre un complejo de inferioridad. Pero los datos más bien indican una superioridad de las mujeres sobre los hombres. Si en la actualidad hay más universitarias que universitarios, no es debido al azar o a que los padres prefieran dar estudios a las hijas. Se debe a que en el bachillerato obtienen mejores calificaciones que los chicos. En muchas oposiciones, la proporción de mujeres que obtienen plaza es superior a la de los hombres, y esto lo consiguen porque son más constantes y concienzudas. No se necesita, pues, tener el don de profecía para aventurar que, a comienzos de siglo, una buena parte de los puestos de responsabilidad van a estar ocupados por mujeres. Esto que acabo de decir, sin embargo, no debe llevarnos a pensar que todas las profesiones y oficios son igualmente adecuados para ambos sexos. Las diferencias somáticas y psíquicas entre hombre y mujer hacen que para unas cosas la mujer sea más idónea que el hombre y para otras sucede lo contrario. La igualdad entre ambos sexos no es igualitarismo, como ha escrito Julián Marías (1): «hombre y mujer son igualmente personas, pero no son personas iguales».

Buscar la igualdad en la rivalidad como si hombre y mujer fueran enemigos es ir contra su propia naturaleza. El hombre y la mujer, como hacía notar Juan Pablo II (2) son complementarios y se exigen en reciprocidad. Los gustos y preferencias del uno influ-

yen en la manera de ser del otro como Flaubert, en una frase quizá incompleta, quiso dar a entender: Dios creó la hembra y el hombre hizo la mujer (y lo mismo podría decirse del hombre), y es que en un caso lo que atrae es la feminidad y en otro la virilidad. Si en el afán de imitar al hombre la mujer se hace viriloide, pierde el encanto de su feminidad.

Otra connotación negativa es que en el afán de independencia económica se busque dejar una puerta abierta para independizarse del marido. Éste es otro factor más que pone en peligro el equilibrio –inestable en estos tiempos– del matrimonio. Muestra, al menos, que quien piensa así no está dispuesto a poner de su parte todo lo posible para que su hogar sea «luminoso y alegre», cosa que exige comprender y disculpar en muchas ocasiones y no pensar tanto en sus derechos y posibilidades. Por otra parte, cuando los dos esposos trabajan, la vida de familia se resiente.

Es un hecho, comprobado por pediatras y psicólogos, que la maduración afectiva de los niños que han pasado la mayor parte de su infancia en una guardería, con un contacto escaso con los padres, es muy inferior a los que pasan una gran parte del día en compañía de uno o de ambos padres. El Papa Juan Pablo II en su mensaje, con motivo del día mundial de la Paz (1. I. 95), decía: «En la educación de los hijos la madre juega un papel de primerísimo rango. Por la especial relación que la une al niño sobre todo en los primeros años de la vida, ella le ofrece aquel sentimiento de seguridad y confianza sin el cual le sería difícil desarrollar correctamente su propia identidad personal...»La mujer, pues, más que desarrollar un espíritu competitivo frente al varón, debe desplegar sus propias virtualidades que no siempre son las de ocupar puestos preeminentes o al menos tener una independencia profesional con respecto al marido. Unas palabras del Beato Josemaría (en una entrevista en la que le hicieron preguntas sobre «la mujer en la vida del mundo y de la Iglesia» (3) resumen muy bien este pensamiento: «La mujer está llamada a llevar a la familia, a la sociedad civil, a la Iglesia, algo característico, que le es propio y que sólo ella puede dar, su delicadeza, su ternura, su generosidad incansable, su amor a lo concreto, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición... la feminidad no es auténtica si no advierte la hermosura de esa aportación insustituible y no la incorporación a la propia vida».

Hay que admitir, sin embargo, que en la actualidad dedicar toda o media jornada a la familia se suele considerar como un estorbo para la «propia realización». Esta realización, que habría que llamar egocentrismo, se opone a la entrega a los otros que constituyen la familia. Pero no hay que pensar que sólo la mujer es la que ha de trasladar el centro del ego a la familia, sino que lo mismo ha de hacer el marido.

En definitiva, llegamos a la conclusión de siempre: que el hombre (varón y mujer) sólo se realiza cuando, salvando las barreras del egocentrismo, piensa en el otro, o en los otros y que Binswanger sintetizó en una frase casi lapidaria: «Miteinander sein in der Liebe» (4) (permanecer juntos en el amor).

L.M. Gonzalo

BIBLIOGRAFIA

1. J. Marías: Mapa del mundo personal. Alianza Editorial. Madrid. 1993.

2. Juan Pablo II: En el umbral de la esperanza. Planeta. Madrid. 1994.

3. Beato Josemaría: Conversaciones con Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Rialp. Madrid. 1966.

4. L. Binswanger: Ausgewählte Vorträge. T. II. Berna. 1955.